

EL ARGUMENTO DE LA TRAGEDIA

Formación de los "motivos" de la guerra de Africa

No halla la respuesta, por más que la busco, no llego a saber si hacemos esta guerra porque hay razones que la justifican, o bien si buscamos razones para justificar la guerra que hacemos... Ello me recuerda aquellos famosos documentos que encontraron los alemanes en Bélgica para justificar el haberla invadido... Cualquiera hubiese dicho que la habían invadido para buscar las razones de hacerlo. ¡Oh, padre Voltaire, séame propicia tu inmortal ironía! Esta es la hora en que me pregunto también si hemos ido, en otro tiempo, a Zetán y Monte Arruit para dar ocasión a que la barbarie de los moros justificase hoy nuestra vuelta.

Pero, en fin, aun admitiendo que la ciega defensa de un pueblo invadido pueda ser la justificación del invasor, lo cierto es que el ciudadano español a quien se impone esta guerra como deber ineludible vacila entre las múltiples y aun opuestas razones que de la misma le dan. Si analizásemos la preparación larga y lenta con que esta guerra fue seguida en la opinión española, nos parecería la interesante formación de un mito histórico.

El impulso inicial de ese mito fueron las "pedradas" y entusiastas alusiones a la continuación de nuestra lucha secular contra el moro; a una conversión (algo sacrosanta como valor moral) de la Reconquista en conquista, ejercida al otro lado del Estrecho. Es lo que se llamó, con declaratoria solemne, el testamento de Isabel la Católica. Diríase que esa proclama regia comunicaba a nuestra aventura africana un carácter sagrado, como si aquella reina (viviendo a modo de imagen divinizada en la conciencia colectiva, por virtud de una curiosa e interesada transfiguración histórica) continuase reinando y sus decretos obrasen todavía a nuestro nativo vasallaje.

Exista, pues, en el ánimo español un impulso cénico de aversión al malomejoramiento; pero ese impulso no andaba desnudo en los germes nobles de nuestra sentimentalidad, destinados a depuración y crecimiento. Era un poso de miserables ruderes, un sedimento atáxico, no una energía embrionaria de civilización y superior conciencia.

O'Donnell pudo, en 1859, utilizar para turbios designios ese impulso; pero aquello fue una sacudida efímera, sin ningún valor de trascendencia.

En el proceso evolutivo de las ideas, acomodadas a nuestra mentalidad caótica y a nuestro tiempo. Al perderse las colonias, Marruecos nació que se ofrecía como una tentación a las presiones avidez que habían causado el desastre nacional, y que entonces quedaban sin presa para sus fauces insaciables... Y empezó a actuar el tópico de nuestro porvenir está en Africa. Pero el incendio no prendía; España parecía querer, al fin, reconcentrarse en sí misma, romper con su leyenda suicida, infundirse un alma nueva, para salir en una historia que ella no ha sabido vivir jamás.

Entonces la tentación tomó nuevas formas, como el diablo proteo de los amercos. Comenzó la etapa diplomática de nuestro africanismo. Europa iba a confirmarnos una misión. La Conferencia de Algeiras fue el momento apoteósico de esa necesidad. Pero esa misión, ¿qué consistía? Para las realidades diplomáticas consistía en aprovechar a España como valor neutralizador en el equilibrio de las potencias, atenuando la influencia francesa y completando la distribución de los territorios africanos de la gran envidia de las metrópolis. La explotación de nuevas riquezas vitales, la subsiguiente formación de imperios, la consagración pronto esa repartición de la tónica de un imperio moribundo. Nadie pensaba entonces en ríos de sangre, sino en ríos de oro, muy divinos del río de oro que viene hoy en aquellas tierras ingratas la casi exhausta fuerza nacional.

Pero aquel realismo diplomático comprendió que la era necesario disminuirse bajo un valor idealista de intervención justiciera. Ya no era posible, se dijo, tolerar más los atropellos cometidos por el morisma a las puertas de la civilización. Había que completar la extinción

de la piratería, asegurar las rutas marítimas, evitar la industria de los sucios y rescates. En más amplia visión, ese intento se tradujo, al fin, en el propósito de civilizar Marruecos, "aprovechando", incorporarlo en la convención humana. Así la empresa era considerada por primera vez desde el punto de vista marroquí. Para ello la diplomacia tenía una palabra mágica, para la cual estaba completamente inadecuada a las aptitudes tradicionales de España: la palabra "protectorado".

Vistas así las cosas, ¿quién resistiría a tan honroso encargo de la civilización? Todas las opiniones políticas podían escoger su motivo favorito, adaptado a su respectiva idiosincrasia, para aceptar con júbilo la intervención y lanzarse a ocupar las tierras marroquíes, llamando a esa acción conquista o protectorado, según conviniese a los diversos albedríos, que no iban a retirarse por cuestión de palabras...

Pero los verdaderos comienzos de la intervención fueron señalados en España por la más inesperada y violenta de las resistencias. Una ciudad española, Barcelona, quedó a la historia como el primer ejemplo de una huelga obrera por la paz. En aquellos días trágicos de 1909, el mito oficial africano tuvo que luchar contra la opinión, que no se cansaba a ver ningún valor de ideal nacional sobre el interés parcial y crematístico de los colonizadores... Entonces empezó a cuajar un nuevo aspecto del mito africano: urgía romper el "cáncer" de la plaza de Melilla. De esa motivación se ha formado, como por sí misma, el tópico actual: España necesita, para su defensa, formar una frontera "natural" (?) más allá del Estrecho. Sólo así podría asegurar su independencia. Renunciar a Marruecos equivaldría a la pérdida de nuestra misma existencia nacional...

Pero esta guerra ha producido ahora un nuevo motivo, bien insospechado. Ahora operamos en Africa para vengar la ofensa que nos han inferido, defendiéndonos, los rifeños; vamos a castigar su "rebeldía"; vindicamos nuestra honra, comprometida por la derrota.

¿Qué lejos estamos, pues, del movimiento idealista, el de la protección civilizadora y educativa, por la cual nuestra superioridad espiritual se contrasta fecundamente con la barbarie marroquí? En vez de suscitar por nuestro ejemplo la regeneración de aquel pueblo rudo, su barbarie despierta nuestra dura hostilidad. No somos nosotros los influyentes, sino los influidos; no exportamos nuestro espíritu, sino que importamos el suyo; somos, en realidad, colonizados en nuestra alma, contagiados del mismo que queremos extirpar... Y el daño que así causamos a la psicología nacional es infinitamente peor que el daño material que nos proponemos resarcir.

Pero nuestra conciencia, en esta hora de prueba, debería plantearse una serie de angustiosas preguntas: ¿No hay en nuestra conducta anterior ninguna culpa respecto a la propia barbarie de que hemos sido víctimas? ¿Qué esfuerzos hemos hecho, qué ejemplos hemos dado para actuar victoriosamente sobre el alma rifeña, para inclinarla al bien, a la civilización, a la humanidad? Sobre mi masa, en docuente recortes de nuestra prensa, tengo un montón de abrumadoras pruebas, confirmadas por los debates del Parlamento...

¿Civilizar Marruecos! Sería curiosa una investigación para averiguar el concepto que la mayoría de nuestros ciudadanos se forma de la civilización y del progreso. ¿Válente gratitud a los moros (piensa ese vulgo dorado), que así paga los beneficios de nuestra civilización!—Y es que sólo identifican la idea de progreso con una purita y mezquina materialidad, en la extrema anarquización del adelanto humano. ¿Qué valdrán las locomotoras, y los tractores, y las redes eléctricas cuando no se puede irradiar más allá de las fronteras la perdida noción de la justicia ni se quiere oponer a una barbarie otra cosa que la violenta pasión de imitarla para vengarla?

GABRIEL ALOMAR

mana de la pasada guerra europea ha dado grandes enseñanzas para el porvenir y ha acumulado un gran espíritu de rebeldía en el presente. Todos sus proyectos y planes de ataque los sigue completamente aborlir, imponiendo sus fuerzas orgánicas, hoy ya pujantes; impidiendo que tales maniobras prosperen, ejerciendo el derecho innegable de hacer de su trabajo el uso que estime más conveniente. Sigán, pues, el camino emprendido

los de arriba, extremando sus procedimientos policíacos, que así aceleran más y más el día de nuestra reivindicación y de nuestro triunfo.

Quando la fierza se ve acorralada y acometida, se defiende. Si a los hombres se les compara con las fieras, no es extraño que busquen con más derecho su legítima defensa, porque valen más.

PABLO SANCHEZ

Madrid, diciembre 1921.

CURIOSIDAD

De los niños radiantes que iluminan mi hogar, el que al nido amoroso; fué el primero en llegar, el que lleva cinco años sonriendo a mi vida, tiene una encantadora precocidad florida de palabras, de imágenes, de canciones. ¡Qué hermosa es la vida al arrulle de su voz melodiosa!

Pero este dulce niño, con sentencias de viejo, hace a veces preguntas que me ponen perplejo, porque de contestarlas no acierto con el modo. ¡Y es lo peor del caso que no pregunta todo!... Por esto son amables nuestras conversaciones cuando él suelta el torrente de sus peroraciones; pero son mi martirio si callar se le ve, y al ponerme yo a hablar me interrumpe:— ¡Por qué?—Papá, ¿por qué es de noche?—Porque el sol se ocultó. —¿Y por qué se ha ocultado?—Porque el día pasó. —¿Y por qué pasó el día?—Porque el tiempo es así. —¿Volverá a ser de día?—Sí. —¿Por qué?—Porque sí. Yo le explico mil cosas, y al fin digo:—No sé. —¿Y por qué no lo sabes?—Porque no. —¡Dí! ¿Por qué? Enojado de oírle preguntar con exceso, le doy, como castigo por ser curioso, un beso... ¿Quién castiga esta dulce curiosidad divina, amparada en la música de una voz cristalina y engendrada al calor de un enérgico imperio del ajón nobilitado de rasgar un misterio?

¡Oh, los primeros vultros por la vida! ¡Oh, las cosas feas y viejas, vistas como nuevas y hermosas! ¡Oh, hallar a cada paso una nueva sorpresa, algo que nos destombra o que nos interesa! ¡Oh, primeros aceros de un capullo! ¡Oh, fulgores nacientes de un espíritu! ¡Oh, infantiles ternos, zozobras, alegrías, inquietudes y ensueños! Yo adoro vuestra dulce curiosidad, pequeños. Mi alma, como las vesperas, en tinieblas se ve, y a Dios vuelve los ojos, preguntando:—¿Por qué? Y Dios sigue en silencio. ¡Un silencio muy hondo! ¿Quién vendrá a responderme como yo le respondo, hijo mío del alma? ¿Quién será para mí tan paciente y solícito como yo para ti? ¿Quién querrá desafiarme los misterios que ignora? ¿Quién me oírán con el ansia con que te oigo y te adoro? ¿Quién dará a todas horas, complaciente, al exceso de mi curiosidad, su respuesta o su beso? Cuando yo miro en torno de mi vida el rebaño de la turba que lleva por bandera el engaño, la osadía por ídolo, la codicia por norma —a los nobles en viles su egoísmo transforma—, y que el triunfo respeta del más fuerte y que oprime al que teme, al que tiembla, al que implora, al que gime; cuando veo al canalla, poderoso y bravo, o a los hijos del buen—como tú, encanto mío— en la red de un bromoso porvenir, sin saber si podrá; ¿tú mañana ni mis besos tener; cuando pienso que otro ángel—como tú, vida mía— junto a mi despertaba, junto a mi sonrisa, y la traidora muerte!, con su maldita calma, le arrancó de mis brazos, le arrancó de mi alma, ¡ay!, yo, entonces, sintiendo el zarpazo en mi fe, ve alzó al cielo los ojos y preguntó:—¿Por qué? Pregúntame, hijo mío, preguntame mil cosas, para mis horas tristes, para ti luminosas; temple mi alma el arrullo de tu voz cristalina, de tu curiosidad la música divina...

RICARDO J. GATARINEU

LOS MINEROS DE VIZCAYA

El Congreso minero ratifica su adhesión a la Unión General de Trabajadores

BILBAO, 28.—Ayer, a las diez de la mañana, dieron comienzo las sesiones del Congreso minero convocado en La Arboleda por la mayoría de las Sociedades que se retiraron del celebrado anteriormente en Gallarta.

Al Congreso de La Arboleda concurrieron todas las Sociedades identificadas con la táctica de la Unión General de Trabajadores, que son la mayoría del Sindicato, y algunas otras en las que tienen cierta influencia los comunistas.

En conjunto, los delegados ostentan la representación del 80 por 100 de los obreros afiliados al Sindicato Minero de Vizcaya, por lo cual los acuerdos adoptados tienen legítima validez y anulan cuantas resoluciones votó la minoría de comunistas.

Para dar fe de todos los acuerdos ejerció su misión en el Congreso un notario, que levantará las actas correspondientes de cuando deba ser destacado.

En la primera sesión se acordó destituir al Comité Ejecutivo nombrado en

Gallarta y elegir para dichos cargos a los compañeros que formaban el anterior Comité.

La residencia del Comité será en La Arboleda.

Quedó ratificada, en medio del mayor entusiasmo, la adhesión del Sindicato Minero de Vizcaya a la Unión General de Trabajadores.

Se levantó certificación notarial de un acuerdo del Congreso minero comunicando a la Caja de Ahorros municipal de Bilbao que se abstenga de hacer entrega al Comité desistiendo de ninguna cantidad correspondiente a los fondos que el Sindicato tiene depositados en dicho establecimiento.

Los primeros acuerdos del Congreso han producido inmejorable efecto en los mineros de Vizcaya, exceptuando a los pequeños grupos de comunistas que por breve plazo estuvieron suplantando la voluntad de los trabajadores de las minas.—C.

ACERCA DEL LIBRO DE FERNANDO DE LOS RÍOS

La Rusia soviética juzgada por un español

Desde que en Rusia se instauró el régimen de los Soviets es copiosa y variada la bibliografía europea y americana sobre el bolchevismo. También se han hecho en España estudios y trabajos sobre el tema (yo me atreví a dar una conferencia acerca del bolchevismo y del sindicalismo en la Academia de Jurisprudencia); pero no creo que ni en nuestro país ni fuera de él se haya publicado nada más interesante, más jugoso, más imparcial, más sincero, más seriamente documentado y con más elevación de ideas concebido que el libro que acaba de escribir Fernando de los Ríos con el título «Mi viaje a la Rusia soviética». Honradamente me envanece de que sea un profesor español el autor de los Ríos es un socialista que siente como nadie las injusticias sociales, que ansía y procura la elevación del proletariado, que quiere redimirle sin cambiar de forma su sujeción, que cree que el Socialismo debe ser una nueva forma y un nuevo contenido de la libertad, y que reúne, sobre todo, aquellas cualidades excepcionales que tanto bulleron en dos españoles ilustres, verdaderamente próceres: don Francisco Gilmer y don Joaquín Costa. De don Francisco ha heredado la serenidad apacible que le permite afrontar todos los problemas y juzgar las opiniones más apartadas de la suya con un criterio afable de benevolencia, de cordialidad, con la fe optimista de que en el fragor de la lucha por las ideas saldrá triunfante, en definitiva, la verdad. De Costa ha aprendido la más alta cualidad del escritor y del político: la honrada austeridad, del que verdaderamente merece el nombre de apóstol, de quien se dirige a las masas para educarlas y enaltecerlas sin imponer nunca sus ideas generales, pero sin someterse tampoco a las vanidades ni a los apasionamientos del común.

¡Honrado ejemplo de dignidad! Porque de todas las formas del arrivismos no sé cuál indica mayor vilteza: si las de los que hacen su carrera adelante a los reyes y a los jefes de partido, o la de quienes se encaraman mostrando ideas que no sirven a deformando sus convicciones... para dar gusto al público.

Fernando de los Ríos es un noble ejemplo de honradez y de austeridad. Porque es socialista no figura en los partidos burgueses. Y porque crea interpretadas las doctrinas de Marx y de Engels, y su sentido profundamente histórico, se declara contrario a toda organización comunista, que no se contenta con establecer el derecho del Estado sobre las cosas, sino que se atreve a sujetar a su imperio a las personas, secando en ellas el monumental fecundo de los Ríos tiene da todo. Es, en primer lugar, el libro de un viajero de un hombre culto, de un espíritu perspicaz, que se descubre en los hechos humanos cuadros de emoción o de embalsamamiento de ideas, y que sabe subrayarlos con arte exquisito.

Leed lo que dice en la página 267, hablando de su llegada a Petrogrado: «Transcurren las horas y nadie viene por nosotros; tengo el Beedecker, y siento vivos deseos de lanzarme a la ciudad; pero alguien, con quien consulto, me disuade; al no tener documentación especial, podemos ser detenidos por la policía. Y ¡además! iríamos a comer, llegado la hora de hacerlo, puesto que no hay un restaurante accesible al que se sienta acogido por la necesidad? ¿Cómo buscar un café, sino existe, o un almuerzo de comensales, si los que están abiertos no disponen de lo necesario para el que trabaja, y aun éste ha menester de infinidad de formalidades para recibir la ración que le corresponde? No cabe tomar iniciativa sin incurrir en riesgo; esta sensación de impotencia llega a producirnos un inmenso cansancio nervioso, y nos da la sensación, por vez primera, de la subversión profunda que en la organización de nuestra vida representa esta régimen ruso. Hemos nacido bajo la advocación del principio de la iniciativa individual. ¿Cuál es la función que en el nuevo régimen desempeña hoy este principio?»

El espíritu delicado de Fernando de los Ríos y su amor a la igualdad (virtud bien española) se revela en estos párrafos: «A no pocos abusos se presta la diligencia con que se satisfacen las solicitudes de los extranjeros, y por ello, sin duda, el personal del servicio del hotel carece a veces hasta de lo más indispensable. Como preguntase un día a una de las mujeres que allí trabajaban en la limpieza de las habitaciones por qué estaba casi descalza y tan desabrugada, contestóme, mediane una palabra recibida, en noción el ruso, que no había recibido, en seis meses que hacía abandonó la aldea ni una palabra de las organizaciones oficiales, y que como la daban 4.000 rublos al mes y no es fácil hallar unas botas fuertes en el mercado clandestino por menos de 100.000, le era imposible pensar en adquirirlas.»

«Ocupando otras funciones del servicio del hotel había muchachas de expresión humilde y triste que carecían asimismo de abrigo fuerte, de chancos, de guantes preciosos. Los empleados, no del hotel, sino de la Internacional, no carecían de nada.»

«De vez en cuando se nos obsesaban con grandes cartuchos de caramelo; pero ni alcanzaba a todos en igual medida, ni llegaban, aun en proporciones mínimas, al personal del servicio. Éste era el que lo repartía, y si desfrutaba de ellos era gracias a la generosidad de los huéspedes. Otro tanto acontecía con los cigarrillos, pues repetidamente vimos a los obreros que trabajaban en el hotel envolver en papel de periódicos el tabaco.»

Me cuesta trabajo elegir trozos del libro de Fernando de los Ríos para ofrecerlos al lector, pues todo me parece merecedor de la mayor preferencia; pero no puedo omitir una conversación con Lenin (de quien hace, por cierto, un cauduro elogio):

«El período de transición de dictadura continuó diciendo Lenin—será, entre nosotros, muy largo... tal vez cuarenta o cincuenta años; otros pueblos, como Alemania e Inglaterra, podrán, a causa de su mayor significación industrial, hacer más breve este período; pero eso es un problema que, en cambio, tienen otros pueblos, mas que no existen aquí; en algunos de ellos se ha formado una clase obrera a base de la dependencia de la vida colonial... Sí, sí; el problema para nosotros no es de libertad, pues respecto de ésta siempre preguntamos: ¿Libertad para qué?»

«Pero si el período de transición ha de durar—dijimos—, lo que tarde en lograrse el sometimiento de los hombres y las cosas a las medidas de socialización, ¿no crees usted que las concesiones acordadas al capitalismo extranjero, al llamar de nuevo a los capitales en las condiciones que lo hace, alarga, por un acto del Poder, este período de transición y obliga mañana a exigir de la masa obrera que vuelva a hacer otra Revolución para adueñarse de las Empresas que se formen cuando se encuentren éstas consolidadas?»

«Tiene usted razón—respondió Lenin—; eso va a dilatar la dictadura proletaria y va a exigir nuevas luchas; pero nosotros no podemos vencer al capitalismo extranjero, al cual poseen las masas obreras, y necesitamos economías autónomas económicamente. Rusia se ha mantenido estos tres años mediante sacrificios inauditos; pero no puede continuar sufriendo las privaciones actuales, y ello sólo podría evitarse, o mediante las concesiones, o porque estallase la Revolución mundial, que no sólo la deseamos, sino que tenemos seguridad absoluta de que está comenzada, aunque se desenvuelva más lentamente de lo que fuese de desear.»

Bajo el epígrafe «El eclipse de los derechos del hombre», presenta el profesor español el cuadro tristísimo de Rusia, donde ha desaparecido totalmente la libertad del pensamiento, y refiere el trato que mereció uno de los más inflamados apóstoles de la emancipación del proletariado en estas sobrias palabras:

«Como Kropotkin deseara hacer privadamente una edición completa de sus obras y vivir de ellas en vez de vivir del sueldo con que lo brindaban, dijo el primer el Gobierno que editaría cuatro de sus obras, las históricas, pero no las doctrinales; y como se negara a ello el noble anciano de D.mitroff, y tampoco aceptara la prolección material que se le ofrecía, después de los artículos que se publicaron acerca de su pobreza en varios periódicos de Alemania, Francia e Inglaterra, brindóle el Gobierno con editar las obras completas. Kropotkin exigió hacerlo él en la imprenta que tenían los anarquistas, y recabando el derecho a que las pudieran vender sus camaradas en ideas, así en los Centros como en cuantos sitios les fuera posible, el Gobierno no lo consintió, y él declaró que no podía reconocer, mediante un acto suyo, el derecho exclusivo del Poder a ser el que avalase el pensamiento. «Hacerlo—dijó—equivale a reconocer algo que lleva consigo la muerte para la libertad de pensar.»

También es muy expresivo el siguiente ejemplo de sinceridad electoral:

«En las fábricas—nos contaban cuantas personas interogáramos—, la propaganda está vedada a quienes no son comunistas; en cambio, éstos gozan de un poder absoluto, y cuando alguien presenta candidatura que no les es grata, lo denuncian por contrarrevolucionario y es detenido. ¡Con qué amargura nos relataba una eminente personalidad las elecciones de Soviet, presentadas por él! Un delegado oficial, en unos documentos masculando seriamente las palabras ante la ingenua asamblea, que aguardaba al momento de su intervención, y al final dijo: «Quedan elegidos para el Comité Ejecutivo Fulano, etc.» Levantáronse algunas tímidas voces de oposición; pero el delegado amenazó, y sabedores de lo que esto significaba, disolviose tristemente el grupo de aldeanos.»

No menos interesante es la actitud del Gobierno de los Soviets contra las reivindicaciones de los Sindicatos obreros.

«De hecho—escribe Lenin—, todas las instituciones directoras de la inmensa mayoría de los Sindicatos, y en primer lugar, naturalmente, del Centro Panruso de los Sindicatos y del Buró (Soviet) Central Panruso de los Sindicatos, están dirigidos por comunistas que aplican los acuerdos del partido.» Pero los Sindicatos aspiran ya a ser quienes elaboran las normas que se han de aplicar en el orden económico, y aquí viene el inevitable conflicto con el Gobierno ruso, el cual, a causa de que el pueblo tan pronto está recaba para sí funciones efectivas de Poder.

«Mas la crisis se agudiza más y más, y posteriormente a nuestra partida de Rusia se ha celebrado el X Congreso Comunista Panruso en marzo de 1921, el cual que los hombres realmente en contacto con las masas obreras de Petrogrado han hecho conocer las aspiraciones, cada vez más claras, más concretas, de éstas, y Lenin, con su sagaz visión oportunista se ha visto obligado a repetir la eterna frase gubernamental: «Cuando se encuentra el Gobierno ante el Poder ineludible es preciso hacer concesiones porque aceptar la tesis de los Sindicatos—ha escrito en la «Pravda» del 21 de

OPTIMISMO

Es innegable que la organización obrera, tanto de España como de otros países, ha experimentado un alza considerable en sus filas, a pesar de cuantos obstáculos le han puesto Gobiernos y patronos para entorpecer la vida de los Sindicatos.

La gran represión ejercida por los Poderes públicos en contra de las organizaciones obreras, y muy especialmente en este país, lejos de servir de freno o restricción en las mismas, ha sido un gran acicate para despertar el dormido espíritu del proletariado español, alistándose los obreros en sus filas, convencidos de que en ellas está la defensa de sus intereses.

Así vemos que al finalizar el año de 1921 el balance obrero da un superávit de más de un tercio por ciento de obreros asociados, a pesar de ser perseguidos, encarcelados o deportados la mayoría de los más significados de sus hombres y tener una gran parte de Centros Obreros clausurados.

Esta dictadura blanca impuesta desde el Poder ha llegado a cegar de tal manera a nuestros gobernantes, que esperan, tranquilos, recoger el fruto

de sus maquiavélicos planes, volviendo la espalda a la realidad, que no puede ser otra que la concentración del pueblo trabajador en sus respectivos organismos.

No es aventurado afirmar que en plazo no lejano han de realizarse grandes transformaciones en el orden social del mundo entero, cuyo resultado ha de ser altamente satisfactorio y de gran mejoramiento en la vida y situación de los trabajadores. Es evidente que la clase capitalista, ante su segura derrota, busca su tabla de salvación apurando todos los extremos, desde la represión sin límites, loca y desenfrenada, practicando detenciones tan injustas como arbitrarias, de las que son víctimas una gran parte de los obreros más significados de la organización, hasta la tentativa del planteamiento de una crisis de trabajo, que si bien puede tener en algunos factores de la industria nacional mediana explicación, no es sino otro de los múltiples resortes de que se vale para diezmar los Sindicatos o hacer que sus afiliados se sometan incondicionalmente a cuantas exigencias e imposiciones se les obligue, cercados por el hambre y la miseria. ¡Tremendo error el suyo! La gran tragedia hu-

